

OLIVIA LAING

EL VIAJE A  
ECHO SPRING

—  
POR QUÉ BEBEN  
LOS ESCRITORES

«Un libro hermoso  
e impresionante.»

NICK CAVE

B  
A  
R



**El viaje a Echo Spring**

**B  
A  
R**



# El viaje a Echo Spring

Por qué beben los escritores

Olivia Laing

TRADUCCIÓN DE  
Núria de la Rosa



Primera edición: Febrero de 2016  
Título original: *The Trip to Echo Spring*

© Olivia Laing, 2013  
© de la traducción, Núria de la Rosa, 2016  
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2016  
Todos los derechos reservados.

Publicado bajo acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

Diseño de cubierta: Taller de los Libros  
Imagen de cubierta: iStock Photo - valio84sl

Publicado por Ático de los Libros  
C/ Mallorca, 303, 2º 1ª  
08037 Barcelona  
info@aticodeloslibros.com  
www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-16222-06-3  
IBIC: BGL  
Depósito Legal: B. 3973-2016  
Preimpresión: Taller de los Libros  
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)  
Impreso en España – *Printed in Spain*

PERMISOS: Kate Donahue Berryman. Faber & Faber/Farrar, Straus y Giroux, LLC. The Random House. Group Ltd/The Wylie Agency, LLC. The Ernest Hemingway Foundation and Society. Charles Scribner's Sons. Estate of Tennessee Williams/New Directions Publishing Corp. Georges Borchardt, Inc. Sheil Land Associates Ltd.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A mi madre, Denise Laing,  
con todo mi amor.*



Cuando los alcohólicos beben, con el tiempo acaban ebrios, y es la reiterada embriaguez lo que finalmente arruina su vida. Pierden a sus amigos, su salud se deteriora, sus matrimonios se hunden, abusan de sus hijos y los echan de su trabajo. Aun así, a pesar de todo esto, el alcohólico sigue bebiendo. Muchos sufren un «cambio de personalidad». Quienes antes eran individuos respetables pueden acabar mintiendo, engañando, robando y envueltos en todo tipo de fraudes para proteger u ocultar su alcoholismo. El remordimiento y el arrepentimiento a la mañana siguiente pueden ser intensos; muchos alcohólicos se aíslan progresivamente para poder beber sin que los molesten. Un alcohólico es capaz de alojarse en un motel durante días o una semana para beber constantemente. La mayoría de alcohólicos son irritables; muestran una mayor sensibilidad a las críticas, por inofensivas que sean. Muchos alcohólicos parecen bastante grandilocuentes y ostentosos, pero tras una inspección más detenida resulta obvio que su autoestima los ha abandonado.

*Manual de psiquiatría médica,*  
ed. David P. Moore y James W. Jefferson<sup>1</sup>

Venga, venga, señor Bones. Yo estoy de su parte.

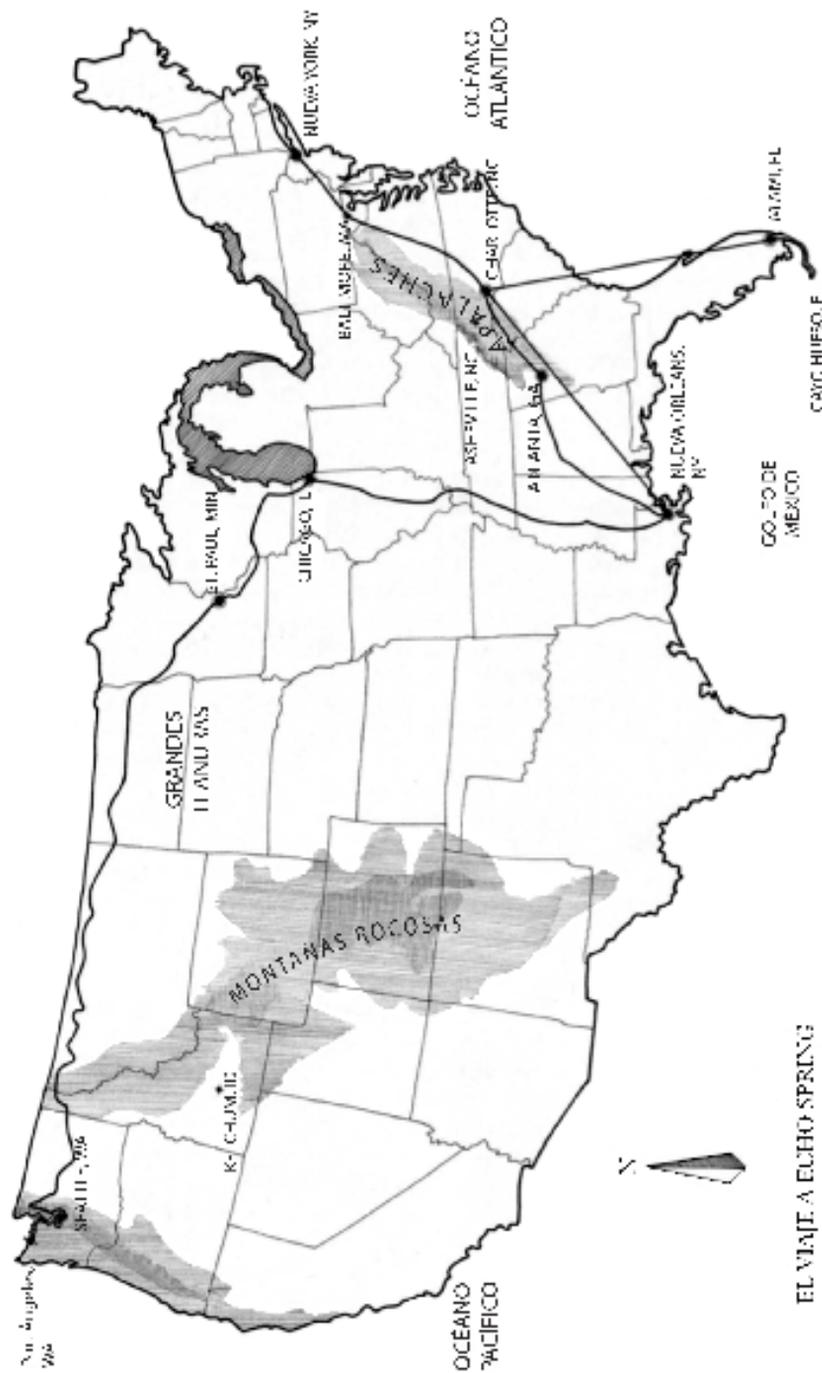
«CANCIÓN DEL SUEÑO 36», John Berryman<sup>2</sup>



## Índice

Mapa .....	13
1 Echo Spring .....	15
2 El truco del ataúd .....	29
3 Pescando en la oscuridad .....	73
4 Una casa en llamas .....	113
5 Los malditos papeles .....	143
6 Hacia el sur .....	179
7 Las confesiones del señor Bones ....	223
8 La mitad de él .....	265
Cronología de los autores .....	303
Los 12 pasos de Alcohólicos anónimos..	305
Notas .....	307
Bibliografía .....	323
Agradecimientos .....	335





EL VIÑE A ECHO SPRING  
Primavera de 2017



# 1

## Echo Spring

Esta es la historia. Iowa City, 1973. Dos hombres en un coche, un Ford Falcon descapotable que ha conocido días mejores. Es invierno; el típico frío que hiere huesos y pulmones, que enrojece los nudillos y hace moquear la nariz. Si pudieras, mediante un acto milagroso, asomarte por la ventanilla mientras pasa el coche, verías que el hombre mayor, el que se encuentra en el asiento del pasajero, se ha olvidado de ponerse los calcetines. Lleva puestos unos mocasines sin cordones en los pies desnudos, ajeno al frío, como un estudiante de bachillerato durante una excursión veraniega. De hecho, tiene aspecto de muchacho: menudo, con chaqueta de *tweed* de Brooks Brothers, pantalones de franela, y el cabello peinado impecablemente. Solo la cara le traiciona, llena de pliegues y arrugas caídas.

El otro hombre es más grande, más corpulento, de unos treinta y cinco años. Patillas, dentadura descuidada, jersey andrajoso agujereado en el codo. Todavía no son las nueve de la mañana. Salen de la carretera y se meten en el aparcamiento de la tienda de licores. El dependiente se encuentra en la entrada, con las llaves centelleando en su mano. Al verle, el pasajero tira de la puerta y sale, sin importarle que el coche siga en movimiento. «Para cuando entré en la tienda», escribirá el otro hombre mucho tiempo después, «él ya estaba en la caja con dos litros de whisky escocés».<sup>1</sup>

Se van con el coche, pasándose la botella del uno al otro. En pocas horas volverán a la Universidad de Iowa y se balancearán con elocuencia frente a sus respectivos alumnos. Ambos son también escritores, uno de ellos muy conocido, el otro se acerca al éxito.

John Cheever, el mayor, es autor de tres novelas —*Crónica de los Wapshot*, *El escándalo de los Wapshot* y *Bullet Park*— así como de algunos de los relatos más portentosos e inolvidables jamás escritos. Tiene sesenta y un años. En mayo ingresó en el hospital con una miocardiopatía dilatada, el resultado de los tremendos estragos que el alcohol causa en el corazón. Después de tres días en la Unidad de Cuidados Intensivos desarrolló un *delirium tremens* tan violento que tuvieron que inmovilizarlo con una camisa de fuerza de cuero. El trabajo en Iowa —un semestre de clases en el famoso Máster de Escritura, entonces un modesto taller— debió de parecerle el pasaporte a una vida mejor, aunque no está resultando así en absoluto. Por varias razones dejó a su familia atrás y vive como un solterón en una habitación individual en el hotel Iowa House.

Raymond Carver, el joven, también acaba de unirse a la facultad. Su habitación es idéntica a la de Cheever y se encuentra justo debajo. De la pared de ambas habitaciones cuelga el mismo cuadro. Él también ha venido solo y ha dejado a su mujer y a sus hijos adolescentes en California. Toda su vida ha querido ser escritor y toda su vida, está convencido, las circunstancias se han confabulado para que no lo logre. Lleva bastante tiempo bebiendo pero, a pesar de las depresiones, se las ha arreglado para escribir dos libros de poesía y para crear un puñado de relatos, muchos de los cuales ha publicado en pequeñas revistas.

A primera vista, los dos hombres son polos opuestos. Cheever parece y suena de pies a cabeza como un hombre blanco, protestante y adinerado, aunque si lo estudias más a fondo comprendes que esa imagen es una compleja especie de subterfugio. Carver, por el contrario, es el hijo de un molinero de

Clatskanie, Oregón, que pasó años financiando su escritura con trabajos alimenticios como bedel, reponedor y limpiador.

Se conocieron la noche del 30 de agosto de 1973. Cheever llamó a la puerta de la habitación 240, con un vaso en la mano y, según Jon Jackson, un estudiante que estaba presente en ese momento, proclamó: «Disculpa. Soy John Cheever. ¿Podrías prestarme un poco de whisky?». Carver, encantado de conocer a uno de sus héroes, le tendió temblorosamente su botella de Smirnoff. Cheever aceptó el trago, pero le hizo ascos a echarle hielo o zumo a su bebida.

Al presentir que tenían dos intereses comunes, ambos hombres intimaron inmediatamente. Pasaban gran parte de su tiempo juntos en el bar Mill, que solo servía cerveza, mientras hablaban sobre literatura y mujeres. Dos veces a la semana se acercaban en el Falcon de Carver hasta la tienda de licores a buscar whisky, que después bebían en la habitación de Cheever. «No hacíamos más que *beber*», contó Carver más tarde en *The Paris Review*. «Quiero decir, cumplíamos con la obligación de dar nuestras clases, por así decirlo, pero estábamos allí todo el tiempo... No creo que ninguno de los dos llegáramos a quitar la funda a nuestras máquinas de escribir».

Lo más raro de ese año desperdiciado, por no mencionar los desastres que lo siguieron, es que Cheever lo predijo, por así decirlo. Una década antes escribió una historia publicada en *The New Yorker* el 18 de julio de 1964. «El nadador» trata sobre el alcohol y lo que puede hacerle a un hombre; de cómo es capaz de aniquilar una vida de forma concluyente. Empieza con una frase muy característica de Cheever: «Era uno de esos domingos de mediados de verano en los que todo el mundo está sentado en algún lugar diciendo “anoche bebí demasiado”». <sup>2</sup>

Una de esas personas es Neddy Merrill, un hombre esbelto y de aspecto juvenil, con un talento desenvuelto y vivaz. Mientras camina hacia la piscina de su anfitrión bajo la luz del sol para darse un chapuzón matutino, se le ocurre una idea deliciosa: volverá a casa a través de una «hilera de piscinas; ese ria-

chuelo casi subterráneo que serpentea a lo largo del condado». A esta avenida secreta de aguas mezcladas la bautiza *Lucinda*, en honor a su mujer. Pero también sigue otro camino líquido: la cadena de bebidas que toma en las terrazas y los jardines de los vecinos; y es esta ruta, mucho más peligrosa, la que le conduce gradualmente cuesta abajo hasta el sorprendente y trágico final de la historia.

Embriagado con su maravilloso plan, Neddy nada entre los jardines de los Graham y los Hammer, los Lear, los Howland, los Crosscup y los Bunker. Mientras recorre este camino que él mismo ha elegido, los «nativos» —cuyas costumbres, se dice, engañándose a sí mismo, «debe tratar con diplomacia si desea llegar algún día a su destino»— lo atiborran de ginebra. La siguiente casa a la que llega está desierta y, después de cruzar la piscina, se cuele en el cenador y se sirve una bebida: es el cuarto trago, calcula vagamente, o quizá el quinto. Una gran ciudadela de cúmulos se ha formado durante el día y empieza una tormenta, un repiqueteo de lluvia sobre los robles seguido por el placentero olor a cordita.

A Neddy le gustan las tormentas, pero hay algo en ese aguacero que cambia el tono de su día. Se resguarda en el cenador y ve un farolillo japonés que la señora Levy había comprado en Kyoto «dos años atrás, ¿o eran tres?». Cualquiera puede perder la noción del tiempo, equivocarse con uno o dos datos cronológicos. Pero después hay otro parpadeo extraño en la temporalidad. La lluvia ha deshojado el arce y las hojas rojas y amarillas están esparcidas sobre la hierba. Estamos a mediados de verano, Neddy piensa, concentrándose, así que el árbol debe de estar simplemente seco, pero esta señal otoñal le provoca cierta melancolía.

El presentimiento del final se hace más profundo. En casa de los Lindley, la pista de saltos está descuidada y parece que han vendido todos los caballos. Peor aún, la piscina de los Welcher está vacía. Lucinda, ese mágico y abundante río, está seco. Neddy se queda atónito y empieza a dudar seriamente de su

noción del tiempo. «¿Estaba fallando su memoria o la habría disciplinado tanto en la represión de hechos desagradables que había destruido su sentido de la realidad?». Aun así, se recompone y consigue cruzar la Ruta 424, un trasvase que le requiere esforzarse y exponerse más de lo que esperaba.

Después se enfrenta a los baños públicos con sus silbidos y aguas lóbregas. Allí no encuentra ningún placer, pero pronto está fuera, trepando por los bosques de la finca de los Halloran hacia el oscuro resplandor dorado de su piscina alimentada por un arroyo. Pero entonces surge otro problema: la sensación de que Neddy viaja por un mundo de algún modo desconocido, o tal vez él es el desconocido. La señora Halloran pregunta solícita por sus pobres hijos, mientras murmura algo sobre la pérdida de su casa. Después, mientras se aleja, Neddy se da cuenta de que sus pantalones cortos le cuelgan de la cintura. ¿Es posible, se pregunta, que haya perdido tanto peso en una sola tarde? El tiempo se derrama como la ginebra en un vaso. Sigue siendo categóricamente el mismo día, pero ahora la calidez de mediados de verano se ha disipado y el olor a humo de madera impregna el aire.

Desde casa de los Halloran, Neddy llega a casa de su hija con la esperanza de poder mendigar un vaso de whisky. Helen lo recibe con cordialidad, pero en su casa no hay alcohol y así ha sido durante tres años. Asombrado y muerto de frío, cruza trabajosamente a nado la piscina y toma un atajo por los terrenos de los Biswanger. Por el alboroto de voces es evidente que celebran una fiesta. Entra, todavía casi desnudo. Pero ahora, misteriosamente, está anocheciendo y el agua de la piscina tiene un «brillo invernal». La señora Biswanger, a la caza de Neddy para que fuera su invitado durante años, al parecer ha cambiado de opinión. Le recibe con grosería y, cuando se da la vuelta para marcharse, le oye decir: «Se arruinaron de la noche a la mañana, y eso que tenían ingresos, y él se presentó borracho un domingo y nos pidió que le prestáramos cinco mil dólares». Cuando el camarero le sirve también de malas maneras,

confirma su creciente sospecha de que se ha producido algún tipo de caída en desgracia social, que ha sido debidamente recordada y registrada.

Sigue avanzando con dificultad; pasa por el jardín de una antigua amante, aunque no puede recordar con precisión cuándo ni de qué humor rompieron. Tampoco ella se muestra contenta de verle, y también le inquieta la posibilidad de que quiera dinero. Al marcharse, percibe en el aire refrescante cierto olor otoñal, no totalmente reconocible, pero «fuerte como el gas». ¿Caléndulas? ¿Crisantemos? Alza la vista y ve que las constelaciones invernales han ocupado sus puestos en el cielo nocturno. Lleno de incertidumbre, empieza, por primera vez en su vida, a llorar.

Solo hay dos piscinas más por las que pasar. Se agita y jadea durante los últimos largos antes de llegar con el bañador mojado al camino de entrada de su propia casa. Pero entonces las pistas sobre su ruina empiezan a esclarecerse, pues las luces están apagadas, las puertas cerradas, las habitaciones vacías y está claro que nadie vive allí desde hace mucho tiempo.



Recordé «El nadador» porque estaba cayendo en picado por el cielo que cubre Nueva York, donde la tierra se separa en un amasijo de islas y ciénagas. Hay algunos temas que una no puede tratar en casa, de modo que a principios de año dejé Inglaterra para trasladarme a Estados Unidos, un país desconocido casi por completo para mí. Quería tiempo para pensar y quería pensar en el alcohol. Había pasado el invierno en el interior, en una cabaña de New Hampshire, y ahora era primavera y me mudaba al sur.

La última vez que había pasado por aquí toda la tierra estaba cubierta de blanco hasta el Ártico, y el río Connecticut había adoptado, a través de barras oscuras de bosque congelado, el color azul grisáceo del cañón de una pistola. Ahora el

hielo se había derretido y todo el paisaje estaba en llamas. Me recordaba a la frase de Cheever, sobre que vivir «en un mundo con un suministro tan generoso de agua parecía un acto de clemencia, de caridad».

«El nadador», que considero uno de los mejores relatos jamás escritos, captura en su extraña comprensión el arco entero de la vida de un alcohólico, y era esa trayectoria la que yo pretendía seguir. Quería saber qué impulsa a una persona a beber, y qué le hace la bebida a esa persona. Más concretamente, quería saber por qué beben los escritores y qué efecto tiene este caldo de licores en la propia literatura.

John Cheever y Raymond Carver no son los dos únicos escritores cuyas vidas destrozó el alcohol. Junto a ellos están Ernest Hemingway, William Faulkner, Tennessee Williams, Jean Rhys, Patricia Highsmith, Truman Capote, Dylan Thomas, Marguerite Duras, Hart Crane, John Berryman, Jack London, Elizabeth Bishop, Raymond Chandler... y la lista continúa. Tal y como Lewis Hyde menciona en su ensayo «*Alcohol and Poetry*», «cuatro de los seis estadounidenses que han ganado el Premio Nobel de Literatura eran alcohólicos. Cerca de la mitad de nuestros escritores alcohólicos acabaron quitándose la vida».<sup>3</sup>

El alcoholismo no es una dolencia que pueda definirse fácilmente. Según la Sociedad Americana de Medicina de la Adicción, sus rasgos esenciales son «falta de control con la bebida; obsesión por la droga alcohólica; uso de alcohol a pesar de sus consecuencias adversas y distorsiones en el pensamiento, principalmente la negación».<sup>4</sup> En 1980, el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* abandonó por completo el término «alcoholismo» y lo sustituyó por dos trastornos interrelacionados: abuso del alcohol (definido como «el consumo reiterado a pesar de las persistentes consecuencias negativas») y dependencia del alcohol (definida como «consumo de alcohol combinado con desarrollo de tolerancia, síndrome de abstinencia y un deseo incontrolable de beber»).

En cuanto a las causas, el jurado se abstiene. De hecho, bajo el título de «Etiología», mi viejo *Manual Merck* en la edición de 1992 declara llanamente: «Se desconoce la causa del alcoholismo». <sup>5</sup> En los años posteriores se han sucedido miles de programas de investigación y estudios académicos y, sin embargo, el consenso sigue siendo que el alcoholismo se debe a alguna constelación misteriosa de factores, entre los cuales cuentan rasgos de personalidad, experiencias tempranas, influencias sociales, predisposición genética y una química anormal del cerebro. Al enumerar estas posibles causas, la presente edición del *Manual Merck* concluye, con cierto desaliento: «Sin embargo, estas generalizaciones no deberían esconder el hecho de que el trastorno alcohólico puede ocurrir a cualquiera, sin distinción de edad, sexo, experiencia, etnia o situación social». <sup>6</sup>

Como es de esperar, las teorías que los escritores suelen ofrecer están más orientadas hacia lo simbólico que hacia lo sociológico o científico. Analizando a Poe, Baudelaire comentó en una ocasión que el alcohol se había convertido en un arma «para matar a algo que llevaba dentro, a un gusano que no podía morir». En su introducción a *Recuperación*, la novela póstuma del poeta John Berryman, Saul Bellow declaró: «La inspiración contenía una amenaza de muerte. Mientras escribía las cosas a las que había esperado y por las que había rezado, se iba desmoronando. La bebida era un estabilizador. De algún modo, reducía la letal intensidad». <sup>7</sup>

Hay algo en estas respuestas y en los motivos complejos que revelan que se refiere a un aspecto más profundo y relevante de la adicción al alcohol que las explicaciones socio-genéticas en boga hoy en día. Por eso quería estudiar a los escritores que bebían, aunque Dios sabe que no hay ninguna sección de nuestra sociedad que sea inmune a la tentación del alcohol. Después de todo, los escritores son, por su propia naturaleza, quienes describen mejor que nadie la aflicción. A menudo han escrito sobre sus experiencias o las de sus contemporáneos, ya sea a modo de ficción o con cartas, memorias y diarios que han usado para mitificar o explorar sus vidas.

A medida que leo estas pilas de textos, me doy cuenta de otra cosa. Estos hombres y mujeres estaban conectados, tanto físicamente como por una serie de patrones repetitivos. Eran amigos y aliados, mentores, estudiantes o figuras que inspiraban a los demás miembros de la cofradía. Además de Raymond Carver y John Cheever en Iowa, había otras asociaciones de bebedores, otras lealtades comprometidas. Hemingway y Fitzgerald empuñaban el codo juntos en los cafés del París de los años veinte, mientras que el poeta John Berryman fue el primero en la cabecera de la cama de Dylan Thomas cuando este murió.

Después, los ecos. Me habían llamado más la atención seis escritores varones cuyas experiencias parecían encajar e imitarse las unas a las otras. (Habría podido escoger también entre muchas mujeres escritoras pero, por razones que serán evidentes más adelante, sus historias me resultaban demasiado cercanas.) La mayoría de estos seis hombres tenían —o creyeron tener— una pareja de progenitores totalmente freudiana: una madre autoritaria y un padre débil. Todos vivieron atormentados por el desprecio que sentían hacia sí mismos y cierta sensación de ineptitud. Tres de ellos fueron profundamente promiscuos, y casi todos experimentaron conflictos e insatisfacción respecto a su sexualidad. La mayoría murió cuando rondaba la mediana edad, y las muertes que no fueron suicidios tendieron a estar directamente relacionadas con la vida dura y aciaga que llevaron. En ocasiones, todos intentaron dejar el alcohol, con más o menos esfuerzos, pero solo dos consiguieron, a edad avanzada, desintoxicarse.

Parecen vidas trágicas, las vidas de vagabundos o depravados y, sin embargo, estos seis hombres —F. Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, Tennessee Williams, John Cheever, John Berryman y Raymond Carver— publicaron algunos de los textos más hermosos que jamás se han escrito en este mundo. Como Jay McInerney comentó una vez sobre Cheever: «Ha habido miles de alcohólicos con problemas con la sexualidad, pero solo uno de ellos escribió “El ladrón de Shady Hill” y “Las amarguras de la ginebra”». <sup>8</sup>

Si me detengo un minuto, puedo imaginarme a cada uno de ellos. Veo a Fitzgerald con una corbata a rayas rojas y azules, con el cabello rubio peinado hacia atrás, discretamente seguro de los méritos de *El gran Gatsby*: un hombre amable, cuando no te pedía bailar un vals o hervir tu reloj en una olla con sopa. A Ernest Hemingway siempre lo imaginé al timón de un barco o cazando en el aire limpio de las tierras altas, totalmente concentrado en la tarea. Y después en su escritorio, con gafas, creando el Michigan de las historias de Nick Adams, inventando corridas y ciudades, ríos de truchas y campos de batalla, un mundo que casi puedes oler.

A Tennessee Williams lo veo con Ray-Bans y pantalones cortos de safari, sentado discretamente en el ensayo de una de sus propias obras: *Un tranvía llamado deseo*, por ejemplo, o *De repente el último verano*. El texto no está cerrado todavía, así que arregla algunos fragmentos si se lo piden, mientras rebuzna con su risa de asno en las frases más tristes. A Cheever me gusta imaginarlo en bicicleta, un hábito que adoptó ya entrado en años; y a Carver, siempre con un cigarrillo, ancho de hombros pero con andares suaves. Y después está John Berryman, el poeta y erudito profesor, al que imagino con la luz reflejándose en sus gafas y una poblada barba frente a una clase de Princeton o de la Universidad de Minnesota, leyendo *Lycidas* y haciendo que toda la sala se diera cuenta de lo *maravilloso* que era.

Muchos libros y artículos se han regodeado describiendo al milímetro lo grotesco y vergonzoso que puede ser el comportamiento de los escritores alcohólicos. Esa no era mi intención. Lo que yo quería era descubrir cómo cada uno de esos hombres —y, por el camino, algunos de los muchos otros que sufrieron esta enfermedad— experimentó y reflexionó sobre su adicción. En todo caso, era una expresión de mi fe en la literatura y en su poder para cartografiar las difíciles regiones de la experiencia y el conocimiento humano.

En cuanto al origen de mi interés, debo admitir que crecí en una familia alcohólica. Entre los ocho y los once años, viví

en una casa bajo la ley del alcohol, y los efectos de ese período han permanecido conmigo desde entonces. Al leer la obra de Tennessee Williams *La gata sobre el tejado de zinc* a los diecisiete, fue la primera vez que vi el comportamiento con el que había crecido no solo plasmado sino también confrontado activamente. Desde ese momento me obsesioné por lo que los escritores tenían que decir sobre el alcohol y sus efectos. Si tenía alguna esperanza de comprender a los alcohólicos —y mi vida como adulta estaba repleta de ellos— sería investigando el residuo que habían dejado en los libros.

Había una frase de *La gata* en particular que se me quedó grabada. Brick, el borracho, es convocado por su padre. Big Daddy le suelta un discurso y al cabo de un rato Brick necesita su muleta. «¿Adónde vas?» pregunta Big Daddy, y Brick contesta: «Voy a hacer un pequeño viaje a Echo Spring». Física-mente, Echo Spring es el nombre en clave para el mueble bar, sacado de la marca de *bourbon* que contiene. Simbólicamente, sin embargo, se refiere a algo totalmente diferente: quizás al estado de silencio o a la erradicación de pensamientos conflictivos que, al menos temporalmente, se consigue con la cantidad suficiente de bebida.

Echo Spring. Suena como un lugar agradable y reconfortante. Desprende otro eco también. Por coincidencia o alguna otra razón, la mayoría de estos hombres compartían un amor profundo y enriquecedor por el agua.\* John Cheever y Tennessee Williams eran nadadores apasionados, incluso fanáticos, mientras que Hemingway y Fitzgerald compartían una debilidad perdurable por el mar. En el caso de Raymond Carver, su relación con el agua —particularmente con los gélidos riachuelos llenos de truchas y con agua color verde botella que descienden por las montañas sobre Port Angeles— acabaría reemplazando de un modo muy profundo su tóxica necesidad de alcohol. En uno de sus poemas tardíos y francos, escribió:

\* *Spring* significa fuente o manantial. (*N. de la T.*)

Los amo como algunos hombres  
aman a los caballos  
o a las mujeres elegantes. Siento algo  
por esta fría y rauda agua.  
Con solo mirarla me hierve la sangre  
y mi piel se estremece.<sup>9</sup>

La palabra *viaje* también parecía importante. Muchos alcohólicos, entre ellos los escritores que me interesaban, han sido viajeros incansables y han recorrido a lo largo y ancho sus propias naciones como espíritus inquietos, e incluso otros países del mundo. Igual que a Cheever, me parecía posible trazar el curso de algunas de estas desasosegadas vidas mediante un viaje físico por Estados Unidos. Durante las semanas siguientes, planeé hacer lo que en los círculos de A.A. se conoce como «un geográfico», un viaje sin ataduras por el país, primero hacia el sur, pasando por Nueva York, Nueva Orleans y Cayo Hueso, y después hacia el noroeste, por Saint Paul, el lugar de la desafortunada recuperación de John Berryman, y luego hacia los ríos y arroyos de Port Angeles, donde Raymond Carver pasó sus últimos y exultantes años.

En un mapa, este itinerario parece caótico, incluso un poco masoquista, especialmente porque había decidido viajar sobre todo en tren. Como muchas cosas relacionadas con este asunto, sin embargo, el significado real estaba codificado. Cada uno de esos lugares había sido una estación de paso o escala en el que se había desarrollado alguna de las sucesivas fases de la adicción al alcohol de los protagonistas. Viajando en orden por esos lugares, pensé, sería posible construir una especie de mapa topográfico del alcoholismo, dibujando su contorno desde los placeres de la embriaguez hasta la extenuante crueldad del proceso de desintoxicación. A medida que viajase por el país, moviéndome entre libros y vidas, tenía la esperanza de acercarme a comprender lo que significa la adicción al alcohol

o, al menos, a descubrir qué había significado el alcohol para los que habían luchado contra él y a los que, en algunos casos, había destruido.

La primera de las ciudades se acercaba a gran velocidad. Mientras miraba por la ventana, la señal del cinturón de seguridad se había puesto verde. Lo abroché buscando a tientas el fiador y me volví de nuevo hacia el cristal. Fuera, el suelo se alzaba rápidamente entre los kilómetros incoloros de aire. Ahora veía Long Island y, más allá de las aguas agitadas, las pistas del aeropuerto JFK. Por detrás, como una silueta, asomaban los rascacielos de Manhattan, izándose como limaduras de hierro hacia el pálido cielo. «Parecen a veces historias de un mundo perdido hace tiempo, cuando la ciudad de Nueva York seguía iluminada por el río»,<sup>10</sup> escribió John Cheever melancólicamente sobre la ciudad que más amaba. Sin duda parecía brillar, una ciudad rodeada de agua, con el Atlántico desprendiendo destellos de color peltre mientras sobrevolábamos las olas.

